

I

OBRAS HISTORICAS

2. CABOS SUELTOS DE MI MEMORIA

(Autobiografía)

INTRODUCCION

El General Emiliano Chamorro ha puesto punto final a los capítulos de sus memorias que ha venido publicando REVISTA CONSERVADORA. Traían interesados esos relatos a los lectores, fueran amigos o adversarios del personaje. REVISTA CONSERVADORA me ha manifestado deseos que escriba mis recuerdos para llenar el blanco que les dejará en sus páginas la ausencia del General Chamorro.

En un error creer que mis acciones puedan despertar curiosidad semejante a las del Caudillo. En éste caso el interés reside en el individuo y no en cifra literaria. Cubre al Caudillo un ambiente de romanticismo que le han creado sus hechos legendarios de luchador. Dice César Cantú que es el valor la cualidad humana que más príncipes ha formado en la historia universal; más que la elocuencia y aún más que la sabiduría. Eso de que un hombre se enfrente sereno con la muerte, despierta general entusiasmo cualquiera que sea el campo de la empresa heroica. Máxime si ha habido elegancia en esos desafíos, tal el abordaje del vapor 93 realizado, a mano mal armada y pecho descubierta, frente a las costas de Granada cubiertas de espectadores llenos de ansiedad por el éxito de la batalla.

El intelectual no despierta emoción palpitante por sus propios hechos; en política casi siempre figura subordinado a un sujeto de acción. La tendencia del intelectual es hacia la meditación y al estudio, que suelen perjudicar a la actividad agresiva o defensiva que se necesita para prevalecer en política. Por eso cuando llega a ese terreno, su habilidad está en hacer que sus pensamientos o sus ideales tomen vida en acciones de otros hombres, más capaces para el asiduo trabajo que exige el pastoreo de hombres, que decía Platón.

Suele también tocarle al intelectual la tarea de expresar para el público los pensamientos del otro que fue más listo

en subir la escalera del mando, iluminando con su inteligencia ese pensamiento ajeno, hasta hacerlo propio por el mérito del verbo, que según el Evangelio fue el principio, antes que la acción.

El relato de ese proceso resulta difícil labor, porque sólo puede despertar algún interés en cuanto logre conectar a su persona los acontecimientos trascendentales que otros ejecutaron. Sería un esfuerzo de autobiografía y es ésta arte delicada, que tiene muchos bemoles. Puede con la mayor buena fe creer que dice la verdad sobre un acontecimiento y en realidad ha trazado fielmente las líneas geométricas del suceso; pero la memoria no guarda inactiva el hecho, sino que lo cubre con las propias impresiones, creando, se puede decir, al respecto una verdad particular, en virtud de sus interpretaciones.

Además no es fácil distinguir cuándo el suceso ha entrado por los ojos al depósito de los recuerdos, o ha entrado por los oídos por el relato de un tercero. Me pregunto; habré visto yo todo lo que mi memoria guarda de mi infancia y de mi primera juventud? Es imposible establecer la edad en que principia la labor inteligente de la memoria. San Agustín dice que él recordaba cuando mamaba al pecho de su madre o de su nodriza; y André Maurois en su aventajada obra Aspectos de la Biografía, duda ante la afirmación de Tolstoi de que recordaba la impresión dolorosa que le causaba cuando lo metía su madre en la tina de agua fría para bañarle.

Yo no puedo responder de la realidad de lo que guarda mi memoria de los ya muy lejanos años de mi infancia. Como un ejemplo tomo la muerte de mi padre don José Joaquín Quadra caecida cuando yo tenía año y medio de edad. Me imagino toda la terrible conmoción que se produjo en mi casa y que afectó hondamente mi corazón y mi entendimiento de

niño. Sin embargo, no guardo de ello el menor recuerdo, de tal suerte que todo lo referente a mi padre lo sé por la relación que continuamente me hacía de su figura, de sus cosas, de sus cualidades, mi madre.

Esta circunstancia me ha servido espiritualmente para confirmar en mi inteligencia el valor de la fe como punto de partida de nuestros razonamientos. Por la fe en mi madre sé que soy hijo legítimo de aquel recto varón, como sé por fe en la Santa Madre Iglesia la existencia de Jesucristo, Dios y Hombre verdadero. Estos dos seres sin embargo, viven conmigo y en mí, el uno, como modelo de hombre, como luz divina el Otro.

Por las tentaciones de don Joaquín Zavala Urtecho, haré el esfuerzo de escaibar en mi memoria para recoger algunos recuerdos para REVISTA CONSERVADORA. Procuraré tener presente este comentario de Herbert Spencer:

"Un autobiógrafo está obligado a suprimir de su narración la banalidad de toda vida cotidiana y a limitarse a los acontecimientos, acciones y rasgos dominantes. Pero al suprimir el curso de lo cotidiano, constituido por lo más largo de la vida, y que los grandes hombres han conocido igual que los demás, y al poner en relieve solo las cosas llamativas, se produce el efecto de que tal vida difiere de las otras vidas mucho más de lo que en realidad difiere. Tal defecto es inevitable".

Y aún existe un bemo! que presenta mayores dificultades al entonar la música de la autobiografía. Es él, la referencia a los buenos éxitos obtenidos en nuestra carrera, que puede resultar una nota de auto-canto en alabanza propia, es decir de jactancia. El mismo Herbert Spencer, fue criticado cuando en su **Historia Natural de mí mismo**, se le fue la mano en la presentación de la excelencia de su pensamiento.

CARLOS CUADRA PASOS

Y pensar que uno se complace en el recuerdo de sus triunfos o de lo que él mismo cree su triunfo. Pero al ocupar sitio en REVISTA CONSERVADORA, haré lo posible en mantener dentro de las realidades de mi existencia, y prescindir de la novela que todos vivimos con la imaginación.

LA CALLE ATRAVESADA

Me siento obligado a principiar informando a los lectores de REVISTA CONSERVADORA, de donde procede este memorista que se atreve a sustituir en sus páginas al Caudillo.

Soy, debo confesarlo, un producto de la difamada Calle Atravesada, por los cuatro lados de mi estirpe

En la esquina donde está en Granada el establecimiento de los señores Dreyfus, estaba el solar de la llamada Casona de los Quadras. Cinco casas lo ocupan hoy, construídas por los Quadras Lugos después que en 1856 la Casona fue destruída por la tea de los filibusteros. En su amplitud cada servicio tenía un patio: el jardín, las caballerizas, el patio empedrado para la venta del ganado gordo a los destazadores, la cocina, los baños y paremos de contar.

Al rayar el siglo XIX, regresó a la Casona, de Guatemala, el jóven Dionisio de la Quadra, bachiller en ambos derechos y titulado para ejercer de Escribano Público. Tenía veintiséis años.

En la hilera de casas de enfrente yendo en la acera hacia el norte, como a unas treinta varas, está situada la que es hoy mansión del doctor Lorenzo Guerrero que fue casa solariega de don Pablo Antonio Lugo y su esposa doña Francisca Sandoval. Allí nació Ana Norberta Lugo, señorita de muchas gracias, según tradición familiar.

Dionisio y Ana Norberta, él de treinta años de edad y ella de diecisiete, se entendieron, se casaron y fueron mis abuelos paternos.

Permítaseme que me detenga en Ana Norberta, flor con que se ufana el linaje de los Quadras. Un inglés, prisionero

en el río San Juan por sospechas de que andaba en conspiraciones de independencia, escribió un libro relatando su aventura en Nicaragua. Cuenta que pasó por San Ubaldo, puerto en el Lago en donde lo atendió y protegió el hidalgo Pablo Antonio Lugo, dueño del puerto; y conoció y trató a las dos hijas de este hidalgo, bellas y cultas, que podrían figurar, lo dice el inglés, en la corte de Londres. El libro de la referencia lo guarda el doctor César Lacayo, amigo de recoger curiosidades históricas; y lo compró en Inglaterra.

Una de esas señoritas era Ana Norberta. En el mes de diciembre de 1804 escribía Fray Desiderio de la Quadra, monje Franciscano, poeta y santo:

"Se casó mi primo Dionisio ayer con Ana Norberta Rui Lugo, muchacha muy bonita y honesta, de las que gastan medias en su casa".

Para expresar hoy esa misma calidad de la abuela, hubiera escrito Fray Desiderio: —Muchacha bonita y honesta, de las que no usan medias ni en la casa ni en la calle—. De tal manera son de variables y arbitrarias las modas femeninas.

De ese matrimonio nació para figurar en el número de los Quadras Lugos, José Joaquín, que fue mi padre.

Enfrente, en línea diagonal, quedaba situada, en el solar que ocupa hoy el Banco Nacional de Nicaragua, la casa de los Arellanos. Allí nació mi abuela Julia Arellano y allí se casó con don Procopio Pasos. De ese matrimonio nació Virginia Pasos Arellano, que fue mi madre.

Apenas cifraba Virginia en los quince años cuando ya la rondaba su vecino José Joaquín. Yo alcancé a ver la ventana panzona de la casa Arellano en donde por la tarde Virginia recibía flores del jardín de la Casona y también de pa-

labras que al pie de la ventana le decía su pretendiente que le llevaba en edad doce años, y que gozaba de reputación sólida, social y política.

Las ventanas panzonas, con su larga tradición de romances y de música de serenata, fueron abolidas en Granada y en León, por bando de autoridad en la comesión reformista el año 1893.

Se casaron mis padres en octubre de 1856, pocos días después de que William Walker se había apoderado por sorpresa de la plaza de Granada. Fue una boda celebrada con detalles novelescos que tengo escritos en un libro que espero publicar algún día. Muy fecundo el matrimonio, y yo fuí el fruto número catorce en la cosecha.

Me contaba mi madre que cuando ella me llevaba en su vientre, uno de mis hermanos mayores puso reparo en el advenimiento de ese nuevo retoño y dijo: "Basta mamá, somos muchos". Mi padre que lo escuchó se enojó y le reprendió:

"Eso, hijo, es cobardía, miedo a la vida y a sus necesidades, apego a la herencia y a las facilidades comodonas de familia. No tengan temor a ser muchos, si son unidos con amor fraternal. Los Quadras Lugos debimos nuestra sólida posición en gran parte al hecho de que presentábamos un frente familiar siempre compacto".

No fueron vanas las amonestaciones de mi padre. Los Cuadra Pasos que alcanzamos la mayor edad fuimos once. Yo, el último en nacer y seré el último en morir. A diez hermanos he enterrado y regado con mis lágrimas sus tumbas recién cerradas. Así es que puedo declarar que la consigna de mi padre fue cumplida rigurosamente; un inquebrantable amor fraternal nos unió, formamos una legión, de tal suer-

te que el patronímico Cuadra anulaba nuestras individualidades, ya fuera cuando fuimos aplaudidos por el triunfo de cualquiera de nosotros, ya fuera para sufrir la diatriba en los ataques enconados de nuestros enemigos.

Nací y crecí en la Calle Atravesada, en sus arenas jugué con los vecinos de mi edad, allí viví veinticinco años. Esa faz de fantasma político que se le quiere dar es una de las mentiras de nuestra historia. Ni siquiera se le puede tomar como localización de una aristocracia. En eso la ventaja y mucho la calle Real en donde se libraron los choques violentos entre un patriciado reaccionario y la demagogia que mal interpretaba la recién nacida democracia a estilo Revolución Francesa.

Don Vicente Quadra es el único Presidente conservador nacido en la Calle Atravesada. Los Chamorros y los Sacasas que encabezan los dos clanes políticos y sociales más fijos en la historia, son originarios, los Chamorros, del barrio de la Merced, y los Sacasas, de la plaza principal, en donde la casa, hoy Municipal, fue su mansión por tres generaciones. José Trinidad Sacasa, el famoso don Pepe, que fue diputado en las Cortes de Cádiz y desde allí impulsó la Independencia, donó la casa al Ayuntamiento cuando desilusionado resolvió abandonar definitivamente la ciudad y creó que aún a Nicaragua. Aun comercialmente era insignificante la Calle Atravesada. El mercado actual fue inaugurado en 1892 cuando se celebraba el centenario del descubrimiento de América. Antes era en la plaza el movimiento del comercio menudo. Yo conocí y transité por la Calle Atravesada todavía en servicio meramente residencial de familias de diferentes clases sociales.

Y, sin embargo, el fantasma de la Calle Atravesada como nido de ambiciones orgullosas, se ha extendido por to-

CABOS SUELTOS DE MI MEMORIA (AUTOBIOGRAFIA)

do Nicaragua, y se le puede aplicar un verso que estaba en el texto de Gramática en que estudié:

Duende importuno,
que al mundo asombrado trai,
todos dicen que lo hay,
y no lo ha visto ninguno.

A mi me hizo mala sombra la Calle Atravesada. Tenía en León un amigo muy inteligente, respetabilísimo por su ciencia y por su conducta, que me dispensaba cariño desde mi primera juventud. Pues, ese amigo, en el año 1916, cuando se habló de mi candidatura para Presidente de la República, le dijo a mi primo Benjamín Quadra: "Me tiene cabiloso esa candidatura de Carlos, que por su personalidad muy conocida mía me tienta a seguirla, pero me inspira temor su ombligo en la Calle Atravesada".

Era la hora de los aperitivos, y Benjamín Quadra animado por ellos, le contestó con una broma: "No se aflija, que yo tengo mi ombligo en Acoyapa y hoy mismo lo cambiaré con el de Carlos".

Se enojó el caballero reprendiendo a Benjamín de falta de respeto y quedó flotando sobre mi ombligo el fantasma de la Calle Atravesada y sobre Granada como factor de opinión en la política nacional.

EL KINDERGARTEN

El año de 1882 trajeron los padres de familia de Granada un grupo de profesoras alemanas y norteamericanas, para la dirección y profesorado del Colegio de Señoritas. Tenía yo tres años de edad y recuerdo estas novedades porque afectaron la formación de mi inteligencia y de mi carácter en la infancia.

En ese mismo año tía Francisca Pasos de César me enseñó, como jugando, a conocer las letras del abecedario en unos cartones impresos que llamaban cartillas. Cuando las supe distinguir bien, y las repetía en fila o salteadas, mi tía celebró el suceso mandando al cielo mi cartilla en un globo de papel en el día de mi cumpleaños. Grande alegría ver perderse en las remotidades de las nubes lo que pudiera llamar el primer libro que pasó por mis ojos.

Una de las innovaciones implantadas en tal año por el profesorado extranjero fue el Kindergarten, sistema creado por el alemán Federico Froebel, que inicia a los niños en los primeros conocimientos de las letras, de la naturaleza y de las relaciones sociales, divirtiéndolos al mismo tiempo con juegos adecuados para tener alegres sus espíritus, en contradicción con el viejo sistema de los castigos que expresaba la cruel sentencia de que **las letras con sangre entran**.

En el mes de mayo de 1883 me inscribió mi madre como alumno del Kindergarten. Era su directora una señorita americana llamada Miss Moore. ¡Era bella mi maestra!, y desde el primer día me cautivó: esbelta, con unas mejillas siempre sonrosadas, dos ojos celestes, que junto con su sonrisa, le servían para dominar a sus discípulos, agradándolos aún cuando contrariara sus ímpetus desordenados.

CABOS SUELTOS DE MI MEMORIA (AUTOBIOGRAFIA)

Me sirvieron para ganarme también sus simpatías, mis conocimientos de las letras por bondad de la tía Francisca; y celebró como poético lo de mi cartilla mandaba al cielo en globo, por una tradición colonial que elevaba al trono de Dios las primeras letras.

Como ejemplo de la eficacia del método de Miss Moore, referiré un lance conmigo en que suavizó mi instinto de barbarie. Ella nos organizó en mesas cuadradas, en que nos sentábamos tres a cada lado; dos lados de varones y dos de mujeres. Fueron mis compañeros de mesa, todos ya desaparecidos, Joaquín Pasos, Carlos Gómez, Carlos Ferrey, Rafael Vela y Juan Zavala. En la punta de mi lado estaba mi asiento, y era mi vecina inmediata una niña, bonita, juguetona y traviesa, que se llamaba Zulema. Yo era distraído por naturaleza; con frecuencia me quedaba abstraído, mirando a mi maestra con la boca abierta y la atención perdida en brumosas imaginaciones.

Una de tantas veces de mis fugas, Zulema me metió el dedo índice enterito, diciéndome: —Cerrá la boca que se te van a meter las moscas—.

Me levanté enfurecido con el puño cerrado y el propósito de darle tamaña bofetada en la cara a Zulema. Pero Miss Moore siempre sonriente y amable me dijo: —Carlitos, tú debes ser caballero; nunca un caballero le pega a una señorita—. Repliqué: —Zulema no es señorita, sino muchacha malcriada, que me ha metido el dedo hasta el galillo—. Miss Moore repitió, más sonriente todavía, —Zulema es señorita, y Carlitos es caballero—.

Abrí la mano del puño, y me dejé caer en mi asientito, no convencido pero sí totalmente dominado.

Después reflexioné sobre lo que era ser caballero. Entendía que para ser caballero se necesitaba tener caballo y saberlo montar. Yo tenía un caballito que era mi tesoro. Mi hermano Ramón, que era mi profesor en todas las artes físicas e intelectuales, me enseñaba a montar bien. Me decía, cuando cabalgada a su lado por las tardes. "No metas tanto el pie en el estribo porque si te bota el caballo quedarás pegado y te arrastrará". Otras veces: "No aflojes la rienda, que la andadura de la bestia está en el pulso de la rienda". Ramón me había dicho que montaba bastante bien; ahora resultaba que si le pegaba a Zulema con todas y esas condiciones no sería caballero.

Estando en la finca de mi madre uno de los sirvientes viejos me decía que los gallos querían ser caballeros y que cuando cantaban triste era porque veían que tenían espuelas y no tenían caballo.

Resolví consultar el caso con Miguel mi hermano que me llevaba cuatro años en edad; oyó mi relato de la sentencia de Miss Moore y me dijo: "Si, hombre, el caballero es el que tiene caballo, lo monta y arrienda bien y le da besitos a las señoritas". Recuerdo que me satisfizo la teoría de Miguel sobre la caballerosidad.

Caballero . . . poco a poco iba adquiriendo consistencia severa la palabra en mi inteligencia. Insistía Miss Moore a diario en sus lecciones en presentarnos la caballerosidad como una línea recta de conducta del hombre en sociedad. Luego en mi casa, los consejos de mi madre siempre a través de ejemplaridades de mi padre, fueron formando en mi criterio de niño la convicción de que la caballerosidad no era un simple adorno para lucirlo en los salones, sino algo esencial consistente en generosidades con el prójimo, en afirmaciones del propio derecho, en gustar más el dar que el recibir, todo ello realizado con dignidad y sin vano orgullo. Solturas del áni-

CABOS SUELTOS DE MI MEMORIA (AUTOBIOGRAFIA)

mo que están en la sangre y brotan por la buena educación. Yo apenas lo entreveía entonces, ahora sé que un eminente político conservador inglés lo definía como la gracia que no se compra.

Y al evocar este recuerdo de esas luces de mi infancia siento melancolía por la experiencia de la gran falta que hace en las actividades de nuestra política esa gracia que no se compra.

RUFINO BARRIOS Y GOLIAT

Las primeras nociones sobre política, como teoría, arte o práctica de organizar y gobernar una sociedad humana, germinaron indecisas e informes en mi inteligencia sobre el surco trazado por las lecciones de Historia Sagrada que con singular primor dictaba mi maestra del Kindergarten. Le ayudaba para llamar nuestra atención infantil un sistema gráfico que facilita la fijeza de las ideas por figuras visibles. Le vino al Kindergarten un mapa, que por un mecanismo se enrollaba y desenrollaba de izquierda a derecha y de derecha a izquierda. Se titulaba Historia Sagrada en cien Cuadros. Eran atractivos sus dibujos que exhibían los personajes en un tamaño más o menos de media vara. Y en los cien cuadros pasaban ante nuestros ojos ávidos los episodios bíblicos, desde la creación del mundo, hasta las conmociones finales del Apocalipsis.

Esos cuadros explicados por Miss Moore localizaron mis conceptos políticos en Palestina, tierra de promisión. Pueblo era el judío como elegido de Dios y protegido directamente por su mano todopoderosa. Y sobre él asentaba mis confusas ideas del gobierno, de las diferencias entre República y Monarquía, de la necesidad de un territorio para que el pueblo se transforme en nación, de la defensa de esa nación, de la frontera, y del deber del patriotismo.

A la par nos daban en el Kindergarten lecciones de Geografía, sobre todo de América, pero mi tendencia era a figurarme esa geografía sobre las líneas de la Historia Sagrada. Por ejemplo, nos explicaban la geografía de Centroamérica como una unidad nacional distribuida en cinco porciones, que yo inmediatamente las convertía en tribus como las que habían dividido al constituirse en nación el pueblo judío.

Pero la política como actualidad palpitante en mi propio país no había conmovido hasta entonces mi curiosidad. La despertó bruscamente un acontecimiento que afectó directamente al pueblo de Nicaragua, a mi ciudad de Granada, y a mi familia dentro de las paredes de mi casa. Fue en el año de 1885. Tenía yo seis años de edad. Quisiera poder percibir en mi memoria mis impresiones de entonces, que pueden hoy estar confundidas por informaciones posteriores que le hacen perder la poesía de su propia inseguridad.

Justo Rufino Barrios era un monstruoso tirano que oprimía a la tribu guatemalteca, y ahora con inaudita arrogancia se lanzaba a proclamar que toda Centroamérica unida por la violencia de las armas, quedaría esclava de su tiranía. En el acto mi imaginación se explicó todos esos sucesos por las lecciones de Historia Sagrada. Los guatemaltecos me resultaban los filisteos, y Justo Rufino el monstruo, se erguía en el horizonte como el gigante Goliat lanzando su reto jactancioso contra el pueblo de Dios.

El gobierno de Nicaragua recogió el reto; en Granada hubo movimiento bélico alistando tropas. Fue episodio importante la venida del ejército de Costa Rica, que también había recogido el reto y pelearía como aliada de Nicaragua; pero a éste episodio le dedicaré capítulo especial en estas memorias porque afectó a mi infancia. Fue nombrado General en Jefe del ejército que se preparaba el General Joaquín Zavala, ex-presidente de la República. Y sobre él levanté en mi imaginación al David que iba a matar al gigante Goliat.

El General Joaquín Zavala era un señor de mi inmediato conocimiento. Lo veía con frecuencia en casa de mi hermano Demetrio, casado con una hija suya. Vivía a media cuadra de mi casa. Era un personaje ante el que todos se ponían de pie cuando llegaba a cualquier reunión social. Por aquel

entonces usaba barba cerrada y espesa, tal cual estaba dibujado David, en el mapa del Kindergarten, cuando con inaudito valor se enfrentó al fiero Goliat.

Pero mi casa estaba afectada directamente por la inquietud bélica, porque el General Joaquín Zavala, nombró ayudante, con el grado de Teniente Efectivo, a mi hermano Pablo Antonio Cuadra. Mi madre estaba conforme a que su hijo fuera a cumplir con ese deber, pero la inquietud de su corazón hizo vibrar a toda la familia, yo en ella, que en mi infantil opinión tomaba las cosas con el entusiasmo de lo heroico bebido en las fuentes de la Historia Sagrada.

En mi casa no se hablaba ni se hacía cosa que no fuera atingente a la situación grave que afrontaba nuestra patria. Sin mayor esfuerzo de mi memoria estoy viendo los cuadros vivos de esos días. Toda la preocupación de mi madre era que Pablo Antonio fuera bien equipado, para que no le faltara nada en los días rigurosos de la guerra.

Principió por pedirle para su uso el mejor caballo que hubiera en las haciendas de Chontales. Le trajeron un bello potro de color blanco salpicado, llamado El Mito. Este dato tuvo para mí importancia, por mi afición caballista. Era de noble aspecto el potro, amplio de pecho, erguida la cabeza, ligero en el andar, voluntario y resistente. También vino una hermosa mula para que en ella fuera Marcos Reyes, un viejo y leal criado de la casa que llevaría Pablo Antonio en calidad de asistente.

En la noche última que debía pasar en mi casa el Teniente, mi mamá afanosa le aliñaba unas enormes alforjas de vaqueta explicándole el destino de cada objeto, el uso que le debía dar. En el aposento en que vivían los dos hermanos mayores solteros, Pablo y Ramón, todo estaba perturbado. En la cama de Pablo, en uno de sus pilares colgaba la espa-

da que era de riguroso uso en los oficiales de entonces. Y sobre la espada colgaba la chaqueta con las presillas e insignias del grado en el hombro y en las mangas. También en otro pilar estaba el sombrero de fieltro, tieso de alas que usaban para campaña en lugar del quepis. Por otro lado le aliñaban a Marcos Reyes víveres en unas alforjas de cabulla limpias y amplias. Todo quedó listo cuando me ordenó mi madre que me fuera a acostar para que madrugara a decirle adiós al hermano. Pero nadie me despertó y no me dí el gusto de ver a Pablo cabalgando en El Mito hacia las lejanías que yo situaba en el horizonte norte sobre el lago y sobre la montaña.

Principiaron con el viaje nuevos conocimientos a entrar en mi memoria sobre la geografía de Nicaragua. Llegaban telegramas de Pablo y mi madre nos reunía para leérnoslos. Aquí puede ser que se me confundan los datos recogidos con los que después me contaba Marcos Reyes. Un día la noticia de que Pablo estaba en Somotillo, cuya existencia no conocía, sólo había oído hablar de Somoto Grande. Allí se reunieron el ejército del General Zavaia y uno flamante que mandaba el doctor Adán Cárdenas, Presidente Civil de la República que cumplía sin embargo con sus deberes de Comandante General.

Un capítulo especial fue para mí: la pasada de la frontera del ejército en que iba Pablo. Me imaginaba la frontera por una explicación de Miguel como la línea que separaba la hacienda de nosotros de la hacienda vecina. Creía sí que las cercas de alambres debían ser muy altas y resistentes y que las habían echado abajo nuestros soldados. Pocos días después Pablo estaba en Namacigüe en donde se esperaba que iba a librar el ejército su primer combate con tropas hondureñas aliadas de los filisteos de Barrios o Goliat.

En esos días se desvía mi atención porque principió la Semana Santa. Las procesiones, la alegría menguada por la general preocupación pero para mí siempre atractiva de aquellas ceremonias, me hicieron olvidar la guerra.

El Viernes Santo conforme una costumbre de familia mi madre nos dijo que iríamos a rezar la Vía-Sacra con ella, a la iglesia de la Merced, y que cada paso de la Pasión pidiéramos por el éxito de la guerra y por la salud de Pablo. Así lo hicimos. De regreso en la casa y después de almuerzo estábamos en una tertulia cuando repicaron todas las campanas de las torres de Granada. Mi madre pálida se puso de pie y exclamó: Qué es esa locura, de repiques en Viernes Santo, cuando el Señor está muerto!

Entró Eulogio de la calle, ya muchacho de dieciséis años, diciendo que los repiques era porque se había obtenido contra los guatemaltecos de Barrios una victoria y que Barrios había muerto.

Mi madre vibrante protestó: Ninguna muerte se puede celebrar, cuando se conmemora la de nuestro Señor Jesucristo. Recemos para que no caigan sobre Granada las tinieblas de Jerusalén.

Me impresionó ver a mi madre, por lo general tan calma, alterada de ánimo; pero venció mi superficialidad infantil, seguí imaginándome la muerte de Rufino Barrios igual a la de Goliat, me hice la ilusión de que el General Zavala, nuestro David, lo hubiese matado, y que mi hermano Pablo Antonio hubiese sido de los que arrastraron el cadáver del gigante al campamento del pueblo elegido.

Las solemnidades del Viernes Santo fueron ahogadas en el bullicio callejero celebrando la victoria. Paseaderas con música y aguardiente, se pronunciaban en los gritos desor-

denados de la multitud. Las autoridades Eclesiásticas cerraron los templos y no salió a la calle la procesión del Santo Entierro, en que culminaban las formalidades, la elegancia y el esplendor de la Semana Santa granadina.

Dos semanas después principió el regreso de las tropas nicaragüenses. Mi casa se llenó de alegría con la vuelta de Pablo Antonio ascendido al grado de Capitán. En el mes de mayo volvió el General Joaquín Zavala a cubrir mi memoria infantil, porque en nueva figura, se iba para Guatemala como Embajador para arreglar la paz de Centroamérica. Volvió a poner mano en mi familia porque llevaba de Secretario a mi hermano Dionisio, el primogénito acatado y muy querido de todos los hermanos. Fuí con mi madre a despedirlo a la Estación del Ferrocarril que en aquel año no había llegado todavía a Granada, y estaba ubicada como a una legua de distancia en el punto llamado Capulín. Se alejó Dionisio en un tren, cuyos movimientos, que me parecieron estrepitosos, por primera vez presenciaba.

Entre tanto en mi casa tenía tertulia diaria en la cocina oyendo a Marcos Reyes los relatos pintorescos que nos hacía de la campaña en Honduras, que me sirvieron para aclarar un poco mis ideas, y hacerme descender de las regiones bíblicas de mi fantasía, a las realidades ásperas de la geografía e historia de Centroamérica.

EL EJERCITO DE COSTA RICA LLEGA A GRANADA

En la efervescencia producida por la guerra contra Barrios, en el año de 1885, fue episodio que levantó entusiasmo y se pronunció en alegría popular la llegada por el lago del ejército costarricense, que venía a sumarse con el nicaragüense para operar en la frontera de Honduras.

Mi hermano Ramón me dijo durante almorzábamos: "Alístate que iremos a caballo a las tres de la tarde, para ver el desembarque del ejército tico que ya salió de San Jorge a bordo del vapor Victoria". Me produjo una alegre inquietud la invitación. Desde las dos de la tarde estaba listo con mi caballito ensillado y a las tres en punto me fui cabalgando como siempre al lado del caballo de Ramón.

La calle del Gran Lago estaba animadísima con multitudes que iban y venían de la plaza. Sin desmontar desde la costa aguardamos, yo con grande impaciencia la venida del vapor Victoria. Poco antes de las tres el barco se puso a la vista, y a lo más un cuarto de hora enseguida atracaba al lado derecho del muelle. Habían muchos comentarios sobre la navegación que acababa de terminar. Se decía que la nave venía recargada, y que apenas media vara tenía sobre la línea de flotación. El Lago estaba tranquilo, no sopló viento durante toda la jornada y se repetía que si se hubiera encrespado hubiera habido un lamentable naufragio, porque el barco con el ejército, que era de mil hombres, más los equipos, no se hubiera podido defender de las olas embravecidas.

Principió el desembarque, los soldados costarricenses uniformados y limpios bajaban a la costa siguiendo a sus oficiales, que lucían buenos uniformes. Los organizaban en compañías, y guiados por oficiales nicaragüenses marcha-

ban hacia la ciudad, para ir a su cuartel, aclamados durante todo el trayecto por los gritos del pueblo granadino.

Si cierro los ojos y evoco mis recuerdos, veo con todos sus detalles el paisaje de la marcha del ejército tico silencioso constantemente aclamado por la multitud de nuestro pueblo. En toda la ciudad se notaba el movimiento de los días de fiesta por el regocijo de la llegada de los aliados. Todo lo que se relacionaba con la guerra impresionaba hondamente mi niñez. Fue aquel día memorable para mí.

El día siguiente, cinco oficiales costarricenses estaban alojados en una casa contigua a la de mi tía Francisca Pasos de César. Varios muchachos curioseaban las hendidias de la puerta para ver a los oficiales. Joaquín Pasos, mi primo hermano, de mis mismos años, y yo, que estamos en casa de la tía Francisca, fuimos también a curiosear al portón del alojamiento de los oficiales. Irritados éstos, ignoro los verdaderos motivos, por esa vigilancia, quisieron amenazar, y en los momentos en que yo tenía puesto el ojo en la hendidia, un joven oficial vino con la espada desnuda y por debajo de la puerta la sacó para asustar a los muchachos, pero con tan mala suerte que en ese mismo momento Joaquín Pasos ponía el pie frente a la espada que lo alcanzó del tobillo interior para abajo, y le produjo una honda herida con copiosa hemorragia.

Este hecho produjo indignación en el público, y llegó a los oídos del General costarricense, que tenía fama de ser muy severo. Probablemente para salvar a la oficialidad de un cargo de barbarie mandó a seguir una investigación del caso. Dos altos oficiales encargados del proceso llegaron a la casa de mi tío Agustín Pasos, padre de Joaquín y en ese entonces Prefecto del departamento de Granada, para preguntarle si reconocería al oficial que le había herido Joaquín

contestó que él no lo había visto, pero que yo que estaba con el ojo puesto en la hendidura, sí lo había visto.

Los investigadores me invitaron a ir con ellos a su cuartel general. Allí estaba el General en Jefe y me enseñaron a cinco oficiales que eran los huéspedes de la casa vecina de la tía Francisca. En el acto señalé al de la espada. Era un joven alto, de muy buena presencia, de bigotes muy peinados y con las guías retorcidas. Yo me retiré. El proceso tomó aspectos muy serios, al oficial de mi acusación le pusieron grillos. Y se decía en el público que lo iban a juzgar en consejo de guerra y que podía suceder que lo fusilaran.

Esas noticias pusieron afligidísima a mi madre, me decía reprendiéndome que debiera haberme negado a declarar en contra de ese hombre, porque, hijo mío lo que has hecho es contra la caridad y la caridad es el primer deber del cristiano. Por esa preocupación de mi madre mi tío Agustín, tomó también el asunto con mucha actividad para salvar al oficial. El oficial fue de repente trasladado al cuartel nicaragüense, en donde se le quitaron los grillos, se le alojó con toda comodidad en la sala de bandera.

Mi madre le envió cama y ropa y con frecuencia comida y cigarrillos. Hizo mi madre que Joaquín y yo le lleváramos varias veces las cosas y acabamos siendo buenos amigos del oficial. Yo veía todo aquello como milagroso; lo atribuía a poder incontrastable de mi madre, por sus rezos y por la protección de Dios.

Más tarde, cuando ya era hombre, conocí todo el interesante proceso de aquel episodio. Mi tío Agustín como Prefecto del departamento le planteó al General costarricense un conflicto de jurisdicción, alegando que siendo él el Jefe de la plaza todo ejército que pernoctaba en ella caía por el mismo

CABOS SUELTOS DE MI MEMORIA (AUTOBIOGRAFIA)

hecho dentro de su autoridad. Dijo además que ese juicio contra el oficial sólo él lo podía ordenar y sólo las autoridades nicaragüenses de su mando podían resolverlo. El problema se puso serio pero consultado el Gobierno de San José de Costa Rica, declaró que tenía razón el Prefecto y que se le entregara inmediatamente al reo para seguirle el juicio.

A eso debió el oficial tico el cambio favorable. Tan luego terminó la guerra se cerró el juicio, se le puso en libertad, y se le ayudó para regresar a su patria y a su hogar.

LAS VACACIONES

Las esperaba ilusionado, no por cuanto significaran ausencia del colegio donde me era agradable concurrir, sino por el viaje, reglamentario en mi familia, a una de las fincas después de Semana Santa. Tenía para mí especial encanto. Prefería la temporada en Chontales, en la hacienda de ganados, por el atractivo de sus yeguas, del trabajo sobre reses bravías, las grandes extensiones de sus llanos, perspectiva de largas cabalgadas, la belleza de la variedad de sus paisajes que impresionaba mi fantasía de niño. Pero también gozaba cuando era el viaje a otra de las fincas más cercanas

Fijaré mi recuerdo al respecto en mi último año del Kindergarten. El viaje estaba proyectado para la hacienda de cacao San Antonio, que tenía categoría solariega para los Quadra Lugo, y pertenecía a mi tío Vicente Quadra.

Cabe aquí comparar lo que significa ese viaje en la actualidad corriendo en automóvil sobre buena carretera. Hoy ir al ingenio Amalia, jurisdicción de Nandaime, que en tal se ha convertido la hacienda de cacao, es un breve paseo de la mañana. En aquel entonces era jornada del día. En esta ocasión irían la familia del tío Vicente y la de mi casa. Estaba especialmente entusiasmado porque los niños en esa jornada iban embarcados en carreta, y sólo los más grandecitos, marchaban a caballo, y mi madre me había notificado que yo sería ya de la caballería.

En la tarde del día anterior a la partida vinieron cuatro carretas entoldadas, cada una tirada por dos yuntas de bueyes, más una yunta de repuesto para auxiliar a la carreta que lo necesitara en el camino. La salida era muy de madrugada, y se hacía la primera etapa hasta el lugar llamado El Guácimo de los Chivos. Allí se almorzaba. Se hacía la sies-

ta en casa amiga; y se volvía a emprender el viaje a las tres de la tarde para llegar a San Antonio a la puesta del sol.

La noche en que se hacían los preparativos me dijo mi tío Vicente: —Váyase a acostar porque tiene que madrugar, las carretas saldrán a las tres de la mañana—. Le contesté con arrogancia: —Yo ya soy de los de a caballo—. El viejo se sonrió, y me replicó: —Veremos si soportas bien la jornada—.

Muy de madrugada se movilizaron las cuatro carretas en viaje loma de Las Fuentes hacia arriba, en un camino endiablado, pero que se recorría con alegría.

A las seis de la mañana montado en mi caballo Canario estaba listo a probar al tío Vicente que era un jinete resistente. Lo era y muy bueno mi tío como todos los Quadra Lugo, que lo atribuían a atavismo de Lugo. Montaba en su hermosa yegua la Zaína, animal alto, bien cuidado, que estiraba el pescuezo para lanzarse a un paso trote tragaleguas y suave para el jinete. El Canario no se dejaba atropellar de la Zaína, y marchaba a su zaga dentro de una espesa nube de polvo que levantaban las bestias con los cascos. Indudablemente hoy todo es más expedito y limpio. Pero como dice Azorín, escritor español, sólo se llega y no se viaja, porque en verdad el viajar residía en parte en esas mismas incomodidades que se vencían y divertían.

Veía al tío Vicente sobre sus buenos aperos mejicanos, erguido y recto, y se me parecía a un cuadro de don Quijote que había ojeado en el Kindergarten en unos libros de enseñanza gráfica, que nos explicaba Miss Moore. Era mi profesora entusiasta por don Quijote, no referente a la obra literaria, sino al personaje Quijote que ella nos mostraba como el modelo más completo de caballerosidad en toda la historia humana. Nos decía, valiente, generoso, justo, defen-

sor estricto y respetuoso de la mujer. Nos explicaba que se calificaba de caballero de la triste figura, por su caballo, señal noble de su pobreza que no afecta a la caballerosidad.

Rocinante en los cuadros gráficos resultaba el símbolo del hambre, transido, huesudo, de andadura vacilante. No era posible que salvara el total de la pintura la arrogancia innegable de don Quijote, de ahí el lema de triste figura.

En cambio la Zaína estaba lucia de gorda a costa de zacate y maíz, y contribuía con su donosura a la aparente nobleza de su jinete.

Estas reflexiones tal vez no me las pude hacer completas en aquella edad, sino que han surgido junto con mis recuerdos cada vez que los evoco. Eterno contraste, en lo humano y en lo zoológico, entre el hambriento y el harto, que está expresado con la malicia y gracia de Cervantes en un supuesto diálogo entre Rocinante y Babieca, el caballo del Cid, de caballero principesco, gordo, sano y altanero como la Zaína:

- Babieca— Cómo estáis, Rocinante, tan delgado?
Rocinante— Porque nunca se come, y se trabaja.
B.— Pues qué es de la cebada y de la paja?
R.— No me deja mi amo ni un bocado.
B.— Anda señor, que estáis muy mal criado,
Pues vuestra lengua de asno el amo ultraja,
R.— Asno se es de la cuna a la mortaja
Queréisle ver? Miradlo enamorado.
B.— Es necedad amar? R.— No es gran prudencia.
B.— Metafísico estáis. R.— Es que no como.

CABOS SUELTOS DE MI MEMORIA (AUTOBIOGRAFIA)

En nuestro grupo todos caminábamos con el estómago lleno de un buen desayuno y por lo tanto con el corazón contento. Además teníamos a la vista la perspectiva de un almuerzo de campo, en donde las viandas son al paladar más sabrosas. Por otra parte no había en nuestra patria hambrientos porque corrían tiempos de abundancia, resultado de la paz, y de la prudencia de los gobernantes.

Volviendo al relato, ya había ganado la nota de un buen montado. A las tres de la tarde después de almorzar, y de una hora de recreo, emprendimos de nuevo la jornada. Pasamos por enmedio de la ciudad de Nandaime, en donde de todas las casas salían a saludar al tío Vicente, respetado y querido en aquella localidad como político y como propietario siempre presto a la contribución del bien público. Como una hora perdimos o mejor dicho ganamos en Nandaime. Llegamos a San Antonio al caer de la tarde. Todos los operarios mostraban alegría por la presencia de la familia.

No puedo prescindir de trazar el cuadro de mi tío Vicente en franca sociedad con sus servidores. Es una nota de una positiva organización social cristiana de aquellos años. No saltaba contraste alguno entre hambrientos y hartos. Por la noche se hacía alrededor del Viejo una tertulia a que concurrían libremente los sirvientes, que lo estimaban como al verdadero patrón y lo trataban con entera confianza. Le hacían preguntas de lo público y de lo privado, y él estaba siempre gustoso a contestarlas y a explicarles el por qué de los acontecimientos en que él había intervenido. Era el tipo del patrón cristiano que no produce el hambre y que está presto a mitigarla cuando la conoce. No se daba aires de señorear en su propio solar, no era un ser intocable, sino un tertuliano distinguido, que soportaba sonriendo las bromas, celebraba las gracias rústicas y no usaba reserva, resguardo, ni arma, porque sabía que todos le estimaban y respetaban.

CARLOS CUADRA PASOS

Grato recuerdo el de mis vacaciones en aquel año. Al saltar en mi memoria el episodio me ha parecido que su cuadro merecía trasladarse al público de la REVISTA CONSERVADORA, como un trasunto del espíritu social, amplio, justo y sonriente que prevalecía en aquellos tiempos de un conservatismo teórico y práctico.

FIN DEL HOMBRE ANGELICO

En los primeros días del mes de mayo de 1886, cumplidos mis siete años de edad, mi madre me notificó que iría con mi hermano Miguel a inscribirme como alumno del Instituto. Agregó: —Tus profesores del colegio de señoritas dicen que estás preparado para principiar tus estudios del bachillerato— Deseo explicar que al decir mi madre tus profesoras se refería a Miss Moore, y a dos señoritas nicaragüenses, que alumnas aventajadas de los más altos grados, principiaban su carrera insigne de profesoras colaborando con las extranjeras en los grados inferiores. Eran ellas Chepita Toledo, la consagrada doña Chepita de Aguerri, y Juana Vicenta Cabrera, de Chinandega. Las dos soplaron amablemente para animarla la llamita vacilante de mi inteligencia.

Sentí que crecía un palmo de estatura en el compañerismo con Miguel.

Eugenio D'Ors, filósofo español, en su bello libro "Introducción a la Vida Angélica", sostiene que la esencia última del hombre consiste en la vocación, y que es su ángel el que se la sopla al oído como un llamado del destino, y señala tres estados del hombre: hombre angélico, hombre social y hombre satánico.

Filosofando sobre la teoría del filósofo me parece que la separación entre el hombre angélico y el hombre social, está en que el signo del primero es la inocencia, y el signo del segundo la responsabilidad ante el prójimo. El hombre satánico corre parejas con el hombre social invitándolo al vicio y al pecado.

En la realidad de la vida social los primeros siete años son de completa inocencia. En seguida se principia a sentir

el peso de la responsabilidad, tanto en el juego como en el trabajo. En el contacto con los condiscípulos se presentan al infante los primeros problemas del hombre social, es decir del hombre en el roce con el hombre. El satánico nos baila su alegre danza.

Con pie derecho penetré por el portón del Instituto en el antiguo Convento de San Francisco en Granada, foco de luz sobre la sociedad nicaragüense por más de dos siglos. Pero qué me dijo mi ángel dentro de sus claustros como llamado de mi destino?

Lo veremos en otros recuerdos; por de pronto me libró de las tentaciones del hombre satánico.

POR QUE SOLO DOS HERMANOS NOS LLAMAMOS CUADRA PASOS

En una familia compacta como la nuestra resulta extraño esa sobremarca del apellido materno, que llevábamos por cierto los dos menores, que fuimos totalmente absorbidos por la legión, y en gran parte de nuestra vida trabajamos subordinados a los mayores.

Fue ello, cosa del colegio. En el Instituto cursaban al mismo tiempo don MIGUELES: los dos hacían una buena pareja, eran morenos, de destacada estatura y estudiantes distinguidas. Cuando desfilaban los alumnos en cualquier ceremonia generalmente se destacaban en las primeras filas, y marchaban juntos. Para poderlos reconocer individualmente hubo necesidad de marcarlos con el apellido materno, uno se llamó Miguel Cuadra Noriega, y así se quedó hasta su ancianidad, el otro Miguel Cuadra Pasos, hasta el día de su temprana muerte.

Cuando yo fui a inscribirme en el Instituto para cursar la primaria, me llevó de la mano con aires de paternidad, mi hermano Miguel. Abrieron el libro de Registro, Miguel Cuadra Pasos, y sin vacilar asentaron la partida de Carlos Cuadra Pasos. Así me llamaban en las listas de clase, así me nombraban mis compañeros, y pronto me acostumbré a los dos apellidos, y cuando aprendí a escribir, Cuadra Pasos me firmaba; y con la marca del Pasos entré después de bachiller en las actividades de la vida.

Pero ya en ellas de nada me servía la distinción, porque nos refundimos, como cifra y no principal, en la cantidad influyente de la familia Cuadra. Por Cuadras se nos aclamaba cuando la tropa marchaba próspera, y por Cuadras se nos ultrajaba en las peleas de ésta atormentada política nicaragüense.

LA ENSEÑANZA RIGUROSAMENTE CIENTIFICA DEL INSTITUTO

Las matemáticas rigieron mi formación intelectual durante el bachillerato. Tuve magníficos profesores en la materia de los números. José Trinidad Cajina y Pablo Hurtado labraron mis razonamientos en la severidad matemática. La cosa venía muy de atrás. Parece que en los profesores traídos de España el superior fue el licenciado César Sánchez que en un período de su contrato de cuatro años, formó al maestro Cajina y a don Pablo Hurtado, y más tarde llegó a ser profesor del rey Alfonso XIII en España. Los teoremas de la aritmética razonada, cautivaron mi inteligencia con el misterio de la conclusión ineludible de sus razonamientos L.Q.Q.D. Lo que queríamos demostrar, y no había contradicción posible.

En cambio no se me enseñó Filosofía. Mi profesor en el primer curso que comprendía la Psicología y la Lógica lo fue don Francisco Alfaro, buen matemático, autor de un texto de Aritmética Razonada, pero completamente inepto para las especulaciones filosóficas, de suyo flexibles e investigadoras. Era rutinario, y no influyó nada en mi pensamiento.

La matemática exige una certeza cerrada en todos los procesos de la inteligencia. Como decía Voltaire, cuando pasa deja el espíritu donde lo encontró. Es rigurosamente lineal, severísima en sus conclusiones, y a todo problema de la vida pretende darle la forma del teorema. El filósofo Descartes fue el primero en objetar la formación de la razón del hombre dentro de los rieles de la matemática, dice que ésta hace menos dócil a la razón, y que por lo tanto daña más que sirve al estudio de la Filosofía.

Yo lo he sentido en mí, desacostumbra el rigor numérico al pensamiento para las investigaciones sobre las cosas reales

de la vida que se presentan en el mundo con sus más y con sus menos, sin la rigidez de la certeza matemática.

En cambio el estudio en el bachillerato clásico, a base de filosofía, aviva la inteligencia del hombre para caminar sobre las curvas de lo real con un razonamiento que distingue los matices de las cosas, y se apodera de la verdad percibiéndola con un criterio flexible que valora el más y el menos de las afirmaciones o de las negaciones ajenas.

A mí me fue dado percibir la diferencia en el incremento de las aptitudes por los dos sistemas, el matemático y el filosófico, por mi íntimo compañerismo con Joaquín Gómez, bachiller clásico francés, más diestro que yo en seguir el pensamiento ajeno y en poner el dedo sobre la dificultad, sin vanas exigencias de una certeza numérica.

Estas observaciones las encontré más tarde magistralmente expuestas en el libro del Padre A. Graty, titulado "El Conocimiento de Dios". Dedicó el padre Graty un capítulo a la enseñanza enciclopédica, y dice:

"Es el estudio de las matemáticas, tan generalmente difundido hoy, quien desarrolla y fortifica la razón entre nosotros. Matemáticas se han puesto en todas partes y, en la Constitución actual de la enseñanza pública, la mitad de las carreras liberales están dedicadas exclusivamente a ellas. Pero —quién no sabe que el estudio de las matemáticas no desarrolla más que una de las facultades del espíritu, y no la desarrolla más que en un sentido?"

Y concluye el Padre Graty, con esta interrogación: —"No se ve ya que la utopía, es decir, lo falso en práctica, no tiene mejor suelo para arraigar que los espíritus habituados, por los estudios matemáticos, a no sondear los principios y a sacar ciegamente las consecuencias?"

GOBIERNO DEL DR. ROBERTO SACASA

El día 1º de agosto de 1889 el cañón anunció a la ciudad de Granada, que en su seno había muerto el Presidente de la República don Evaristo Carazo de un ataque al corazón. Era huésped don Evaristo en la casa de don Santiago Morales, con quien estaba estrechamente vinculado porque los dos eran casados con dos hermanas Hurtado, hijas de don Pedro Hurtado, jefe del Partido Conservador en Rivas. El director del Instituto suspendió las clases y nos advirtió que a tal hora debíamos de llegar vestidos de negro, para concurrir al entierro, en el cual desfilarían los alumnos del Instituto, que eran más de quinientos organizados en columnas de cuatro en fondo, para hacer guardia al féretro hasta dejarlo a bordo del vapor Victoria, que llevaría al ilustre difunto a reposar en el panteón de Rivas.

La primera fila, de cuatro alumnos, la formábamos cuatro niños menores de diez años de edad, tres Carlos y un Joaquín: Carlos Gómez, Carlos Ferrey, Joaquín Pasos y Carlos Cuadra Pasos. Solo yo estoy vivo a la fecha. En la Calle Atravesada, en la casa de don Gabriel Lacayo, que tenía un pretil alto con varanda de hierro labrado, pronunció el discurso oficial el famoso periodista Pedro Ortíz. El discurso fue leído. El orador usaba anteojos quevedo, y con frecuencia se los quitaba y los limpiaba. Es el único recuerdo que me queda de aquel discurso, que más tarde he sabido que fue muy bueno. Nos preguntábamos unos a otros los del primer fondo si estaría llorando. Terminada la oración fúnebre seguimos hasta doblar por la plaza en la calle del gran Lago hacia el muelle. El cuerpo frío del buen Presidente que se llamó Evaristo Carazo a bordo del vapor Victoria, se alejó despedido por veintiún cañonazos y las notas del himno nacional, honores de rigor a los Presidentes.

Quedó grande expectación en toda la ciudad y en toda la República respecto de quién sería el sucesor del Presidente Carazo. Era Ministro de Gobernación el doctor David Osorno, y a él le tocaba correr la lotería entre los tres designados constitucionales, cuyos pliegos se guardaban en completo secreto. Por fin vino la noticia. Se había corrido el juego y había salido el doctor Roberto Sacasa, eminente conservador leonés, para mayor garantía casado con una granadina, muy amante ella de su ciudad natal. Fue notorio el regocijo, porque se temía que los otros designados fueran de tal o cual grupo de la división del Partido Conservador que era profunda y enconada.

En mi casa tomó aliento juvenil ese día. Mi familia tenía un asunto pendiente con el gobierno del Presidente Carazo, éste había resuelto expropiarle quinientas manzanas de la hacienda San Ubaldo, para convertirlo en ciudad y al mismo tiempo en puerto oficial del departamento de Chontales. En mi casa no gustaba el proyecto porque la expropiación cubría dos humedades valiosas y productivas de la hacienda. Hoy me parece que el proyecto del Presidente Carazo era bueno y además favorable para la hacienda porque aumentaría el valor de sus otros terrenos. Pero no lo veían así, y a mi hermana Anita, muchachona entonces de 17 años, entró de la calle cantando y diciéndole a mi mamá —se salvó San Ubaldo, el Presidente es el doctor Roberto Sacasa. En realidad estaba estrechamente ligado con mi familia. Su esposa era prima hermana nuestra, y siempre que venía a Granada, se hospedaba en nuestra casa. Una comisión numerosa y selecta integrada por personas prominentes de los departamentos orientales, y entre los cuales iban don Anselmo Rivas y don Carmen Díaz, ambos intelectuales pertenecientes a diferentes secciones del Partido Conservador, fue a León para rendirle homenaje al doctor Roberto Sacasa. Conversando don Anselmo con don Carmen Díaz, le dijo: Sacasa nos ha librado del Tío Bigote. Tal era el apodo con que el ca-

churequismo había marcado al doctor Adán Cárdenas, que era uno de los designados sin suerte. Pero resultó un fracaso el homenaje. En León se había despertado fiero el localismo, y tuvieron el ascenso del doctor Sacasa como una derrota definitiva de Granada. Turbas encabezadas por el entonces joven Sebastián Salinas, novio de una de las hijas del doctor Sacasa, insultó cruelmente a los comisionados y aún les tiró algunas piedras; gritaron muertes a Granada, y por donde pasaban los cubrían de improperios, al extremo que ellos resolvieron por prudencia regresarse inmediatamente a Managua. Cuentan que en el vapor que cruzaba el lago de Managua cuando venían de regreso, don Carmen Díaz le devolvió la puya a don Anselmo, diciéndole: No le parece que hubiera sido un poquito mejor el Tío Bigote?

Así principió el malestar del Partido Conservador con respecto al gobierno del doctor Roberto Sacasa. En Granada también palpitó violento el localismo. La posición fue extrema cuando al terminar el período del Presidente Carazo, el doctor Sacasa, lanzó su candidatura, y exactamente como lo hicieron con el General Tomás Martínez, el Partido Conservador se encerró dentro de su fidelidad al principio de la no-reelección del Presidente de la República. Jurídicamente tenía razón Sacasa, porque él nunca había sido electo por el pueblo; pero se exaltaron los ánimos, se enloquecieron las pasiones y desde ese momento la oposición fue terca, amarga como la suele hacer siempre el Partido Conservador.

En el segundo período del doctor Sacasa el Partido Conservador hizo en las Cámaras una política obstruccionista. En el Senado la oposición y el oficialismo estaban empatados por igualdad de número de votos. Llegada una vez para elegir el Presidente del Senado y que pudiera con habilidad contrarrestar ese obstruccionismo, ocurrió una famosa sesión en que por tres veces resultó empatada la votación, y entonces el doctor don Toribio Tijerino de Chinandega que era el

Presidente postulado por el oficialismo, al llegarle el turno dijo con voz clara y serena: —Voto por mí—, y rompió el empate. Pero se puso más violenta aún la obstrucción por parte de los conservadores al extremo que el doctor Sacasa para dominarla resolvió con pretexto de conspiraciones, expulsar del país a varios Senadores, y entre ellas al ex-Presidente Joaquín Zavala.

En Granada se produjo ardiente exaltación popular, y vino de Managua un destacamento de tropas para custodiar a los desterrados. La guarnición chocó con un grupo de exaltados en la Calle Atravesada, frente a la Gran Vía y se produjo una balacera endemoniada de la cual resultaron muertos el Director de Policía, por el lado oficial, y el joven Miguel Bolaños por los insurrectos. Mi cuñada, Mercedes Zavala de Cuadra, iba a despedir a su padre a la estación de ferrocarril, en un coche de propiedad particular de mi madre, la cual quiso hacerle compañía a la nuera, y además en el mismo coche para servir a las dos iba mi tío José Pasos. Marchando a la media Calle Atravesada el peligro era grande y mi tío le ordenó al cochero que diera la vuelta para atrás. Cuando hacían esa operación, más de una bala perforó el toldo del coche. Entonces, mi tío dispuso que se bajaran las señoras, y cuando lo hacía mi madre apoyada en su mano, un tiro de rifle Remington le destrozó completamente el brazo a mi tío José y faltándole el apoyo a mi madre cayó tendida en el suelo. En el lugar del suceso corrió la voz de que mi madre había muerto, y yo fui en carrera desde mi casa con esa amarguísima impresión. Mi madre estaba sana, pero la herida de mi tío era grave. De pasada ví el cadáver de Miguel Bolaños custodiado por unos soldados, tendido en una acera.

Por la gravedad de esa herida murió mi tío José el 8 de septiembre. La fatalidad de ese choque exacerbó más y más los ánimos y planteó el problema sin más solución que la vio-

lencia. Cuando mi tío José murió fuí yo a darle la noticia a mi tío Juan Aurelio Cuadra, anciano de más de ochenta años.

Estos dos tíos que ocupaban las cabeceras de la larga mesa de comer de mi casa se querían mucho a pesar de que vivían en eterna contradicción. Nunca venía de Europa el tío José sin traerle un regalo aparente al tío Juan Aurelio. Era éste españolista y realista al extremo que nunca llamaba a la independencia por su título sino que decía la indescendencia. Cuando le dí la noticia se lanzó de la cama y se puso a llorar con gemidos. Me dijo el tío Juan Aurelio: —Me duele más esto porque alguna culpa tiene José Vicente. Asustado le dije: —Cómo va a creer, tío Juan Aurelio. —Sí, hombre —me contestó,— porque tuvo el poder en sus manos y no se lo devolvió al rey de España para que tornaran el orden y la paz a Nicaragua.

Estaba ya gravemente enfermo el ex-Presidente don Fernando Guzmán y se esperaba su muerte de un momento a otro. Llegó ésta, y don Fernando entregó su vida ilustre a la historia. El entierro fue solemne. Vino una sección de la guardia de honor presidencial para tributarle los honores. En todos los diferentes discursos la palabra fue incendiaria, por último uno que pronunciaba en el atrio de la Merced, subió tanto el tono, que se produjo un arremolinamiento que afectó al ejército. Los soldados pusieron rodilla en tierra, cargaron sus rifles y apuntaron a la concurrencia. Se produjo gran pánico y la concurrencia se dispersó totalmente.

A mi tío Vicente le tocaba llevar una de las cintas del féretro y permaneció tranquilo y siguió el curso del entierro con su cinta en la mano hasta llegar al cementerio. Marchaba rodeado de mis hermanos mayores y así regresó del cementerio.

Se quedó mi tío Vicente en mi casa en una numerosa tertulia formada de mi madre, de mis hermanos y de los hijos

CABOS SUELTOS DE MI MEMORIA (AUTOBIOGRAFIA)

mayores del tío Vicente. El comenzó a lamentarse de la soledad que sentía por la muerte de su amigo íntimo don Fernando Guzmán. Fueron en realidad compañeros desde la juventud. Todos los días por la tarde llegaba don Fernando a la casa de mi tío y se sentaban recostados contra la pared en el corredor interior de la oficina del tío Vicente, conversaban, comentaban sus cosas viejas y nuevas y con frecuencia reían a carcajadas. Una vez Agustín Cuadra el hijo menor del tío Vicente me preguntó: —De qué diablos se reirán tanto estos viejos? . . .

A sus amargas quejas por la tal soledad, mi madre le replicó haciéndole ver que él nunca estaría solo, porque le rodeábamos como jefe, ella, los hijos de él y todos nosotros los Cuadra Pasos. Don Vicente Cuadra melancólicamente le contestó, filosofando a lo cual era muy inclinado:

—Ustedes son amores, pero no son compañía . . .

LA REVOLUCION DEL 28 DE ABRIL DE 1893

La oposición al gobierno del doctor Roberto Sacasa tomaba caracteres de creciente violencia. Los conservadores conspiraban asiduamente. Eran los directores de esa conspiración el Licdo. don Francisco del Castillo y el General don Eduardo Montiel. En cambio el gobierno de Sacasa notoriamente venía de vuelta y deseaba entenderse con el Partido Conservador. Dió un decreto de amnistía que permitió el regreso de muchos emigrados, entre otros don Enrique Guzmán. Nombró Prefecto de Granada a su cuñado don José Trinidad Sacasa, persona conciliadora, de muy buenas maneras y relacionado con todos los conservadores de la localidad. Y entregó las armas del cuartel principal al Gral don Francisco Gutiérrez, que pertenecía a la oposición. Le ofreció el Ministerio de Hacienda a don Santiago Morales. Todas esas pruebas de un espíritu conciliador, fueron logradas por el Partido Conservador para preparar la revolución y consumarla en el día fatal del 28 de Abril. El General Joaquín Zavala se mostró renuente al principio a la conspiración, y dijo que solo entraría si estaban de lleno los Chamorros y los Cuadras. Le aseguraron que sí, engañándole, porque Zavala entendía por los Cuadras a ésta familia con don Vicente a la cabeza, y éste personaje ignoraba la conspiración, y sólo los jóvenes estuvieron por la guerra. Lanzaron a una inicua deslealtad al General Francisco Gutiérrez, cuya carrera militar, llena de valor, se quebró pasando a la insignificancia más absoluta, aún entre los que lo habían lanzado a la traición.

A la media noche del 28 de Abril pusieron preso a don José Trinidad Sacasa y lo llevaron a que guardara prisión en la casa de su tío don Vicente Quadra. Cuando éste recibió tal misión se indignó y dijo una frase trascendental y que se cumplió al pie de la letra: "Han abierto el albañal que tanto nos costó cerrar, y cuando se principia el desorden nadie sa-

be hasta dónde llegará". Pero en cambio en mi casa todos mis hermanos estaban comprometidos en la guerra, y recuerdo que mi mamá les dijo: "No sé por qué, pero siento mi corazón que esta guerra es un grave pecado público, y los pecados públicos tienen larga cola". También era opuesto mi hermano mayor Dionisio. El General Francisco Gutiérrez era tío de su esposa Camila Benard. Dionisio estaba indignado de que lo hubiesen lanzado a la traición, siendo un hombre bueno de una hoja de servicios limpia y sostenida durante las jornadas heroicas de la guerra nacional.

Se vino desde Managua para engrosar las filas de la revolución el General José Santos Zelaya, joven jefe del Partido Liberal, hábil político que divisó la feliz coyuntura que para su causa podría significar esa guerra entre conservadores. Fue organizada una junta de gobierno, formada por los Generales Joaquín Zavala, Eduardo Montiel y José Santos Zelaya. Se libraron recias batallas. El 20 de mayo fue atacada la ciudad de Masaya por un ejército que comandaba el ecuatoriano General Leonidas Plaza. Contaba éste después que su plan no fue aprobado por influencias de doña Angela de Sacasa, esposa del Presidente. El plan propuesto era solo amagar Masaya y dar la vuelta por Tipitapa para asaltar a Granada. Doña Angela temió que fuera dañada seriamente su ciudad natal.

La batalla fue sangrienta y duró tres días. En los más apurado del trance fue enviado un refuerzo de 200 hombres al mando del General José Santos Zelaya. Yo, muchachón de catorce años, fui de curioso a la estación de ferrocarril y me llené de envidia cuando ví que mis compañeros en edad y en el colegio, Hildebrando Rocha y Carlos Martínez, estaban sentados en el ferrocarril con su fusil entre las piernas y su costal de tiros. Les dije: —Dichosos ustedes que van a esta jornada gloriosa—. Un hombre que no estaba a gusto en ir a la pelea, me dijo: —Te voy a ceder mi fusil y mis tiros para

que marches en mi lugar. Acepté la propuesta. Y con el fusil y los tiros en mi poder, y colocado en el asiento, con mis amigos, me crecí y me sentí en camino de llegar a General. El Jefe, General José Santos Zelaya, muy extraño en su porte, vestía un terno negro, elegante, como si fuera a una recepción y no a una batalla. Llevaba colgado al hombre su revólver. Un soldado preguntó: —Por qué será que el General no se faja la pistola a la cintura? Otro contestó inmediatamente: —Sin duda porque padece de los riñones; y quedó sentado eso como verdad. Salió el tren coreados sus ruidos por los alegres vítores de la tropa y entre ellos los míos. Cuando el tren dió la vuelta última enfrentándose al cerro Coyotepe, comenzamos a oír las bombas de los cañones que vuelan por el aire pareciendo que van cantando. Entramos a la estación de Masaya. Formaron la tropa y el General Zelaya la entregó al Gral Eustacio Sandoval más conocido con el nombre de Tacho Loco. Valientaso soldado a quien se le encargaba la difícil tarea de ir a romper la retaguardia del enemigo por un lugar llamado El Limón. Como jefe experimentado Sandoval nos pasó revista; y cuando me vió a mí, me preguntó: Carlitos, te gustan estos caramelos? Le contesté: —Me gustan—. El me replicó: —Pero algunas veces salen amargos. El General Sandoval era de mi familia y visitaba mi casa con mucha frecuencia. Formó un plan a mi favor y cuando volvió de pasar revista, dijo: —Salgan cinco soldados y me sacó a mí, a Hildebrando, a Carlos Martínez y a otros dos jovencitos cuyos nombres no recuerdo. Ustedes quedarán aquí de guarnición en la estación del ferrocarril para recibir y cuidar de los heridos. Hildebrando y Carlos Martínez se contrariaron grandemente. Los dos hicieron más tarde carrera militar. Hildebrando llegó como todo un hombre a General. Principiaron a llegar los muertos y los heridos. El primer muerto que recibimos fue Julio Gómez Zavala, primo hermano de los Gómez de Granada, que se hospedaba siempre en casa de mi tío Vicente Quadra. Tenía los bigotes cortados, me dijeron que para llevárselos de

recuerdo a su novia. Yo empecé a sentir cierto malestar viendo al muerto. Al rato llegó herido en la ingle, Fernando Padilla que era un joven alegre de Granada, llegó bromeando. Él se creía levemente herido y lamentaba no poder volver a la batalla. Su sangre corría sobre el andén de la estación, hasta que él ya muy pálido se estiró y se fue, siempre optimista, de este mundo. Las balas caían continuamente sobre el techo de zinc de la estación, haciendo el mismo ruido de la lluvia, no muy agradable. Debo decir la verdad que a esa altura ya todo mi coraje se había apagado. En eso llegó un oficial y dijo iba un tren para Granada con esos heridos y muertos. La guarnición va con ellos. Venimos a Granada para dejar la fúnebre carga. En la estación estaba mi hermano Ramón, que era Mayor de Plaza de Granada. Me despojó del rifle y de los tiros y me llevó a mi casa donde encontré a mi madre muy enojada conmigo. Se quitó la chinela y me dio una tunda con ella, ultrajando al soldado. Así acabó este militar que no llegó a General. Después en mi larga carrera he participado en muchas batallas y nunca perdieron para mí el sabor amargo los caramelos de Tachó Loco.

LA CONTRARREVOLUCION LIBERAL DEL 11 DE JULIO

La cola que dijera mi madre como consecuencia del pecado público de la rebelión injusta contra Sacasa, principió a moverse, como si fuera una culebra boa constrictor que aprieta, asfixia y destruye. Como una consecuencia del ejemplo, la deslealtad del General Francisco Gutiérrez se volvió moneda corriente, y el General Anastasio Ortiz, Comandante General de León se sublevó proclamando la contrarrevolución liberal. Desde entonces —espadas son triunfos— marchen por el bueno o por el mal camino.

Cuando la revolución liberal trataba en el puerto de Momotombo de formar su gobierno, se apareció el General José Santos Zelaya, como a Granada en la revolución de Abril, político de gran olfato llegó a tiempo de formar parte de la Junta de Gobierno, y más aún de presidirla, sobre Francisco Baca y el mismo General Anastasio J. Ortiz, por el prestigio que tenía ya en el país y por su propio oportuno dictado.

Mal se defendió el Partido Conservador, profundamente dividido por las ambiciones de sus jefes. En busca de la unidad de mando surgió a la presidencia el General Joaquín Zavala. Pero todo fue desconcierto, los jefes nunca llegaron a tiempo a las batallas, y en La Cuesta a unas dos leguas de Managua, fue derrotado totalmente el ejército conservador. Los liberales ocuparon la capital. Pero todavía en Granada después de La Cuesta, había dos mil hombres, cañones y suficiente elemento de guerra. Este ejército, con buen ánimo quería resistir. Algunos jóvenes se movieron en el sentido de organizar la resistencia, pero todo fue inútil. No hubo un caudillo que diera el paso adelante y Granada se rindió.

Ya estaban, pues, los liberales, campantes en el Poder. Ac-
to continuo la Junta de Gobierno convocó a los pueblos para la elección de una Asamblea Constituyente. Se instaló ésta

con solemnidad en Managua, y fue la famosa Suprema Legisladora de la Constitución de 1893. Radicales en su mayoría, derogaron la sabia Constitución de 1858 que tantos bienes había producido, y volteando al revés el traje, tomaron por bandera el rompimiento total con la Iglesia Católica, religión de la gran mayoría de los nicaragüenses.

Celebraba en Managua sus sesiones la Asamblea Constituyente en las horas tempranas de la noche. Sonora en discursos despertaba por la novedad de los principios la curiosidad social que hacía barras numerosas, que aplaudía o que silbaba.

Yo fui a Managua de paseo y me hospedé en la casa de mi amigo muy íntimo Fernando Chamorro Chamorro. Temprano de una noche no hallábamos cómo divertirnos, y el Gral. Emiliano Chamorro, hermano de Fernando, que entonces era todavía Emiliano a secas, nos aconsejó que fuéramos a la barra de la Asamblea Constituyente.

Llegamos tempraneros y logramos tomar asiento muy cercanos al seno de la Asamblea. Discutían calurosamente la pena de destierro. Habían abolido la pena de muerte. Un joven Diputado llamado Joaquín Sansón, pronunció un vehemente discurso pidiendo que también la pena de destierro fuera abolida, y entre sus argumentos citó a Víctor Hugo, que levantándose en contra de esa pena había dicho, que el destierro era lo mismo que la muerte.

A Fernando y a mí nos cautivó el discurso. Aplaudimos calurosamente al orador en varios de sus períodos, pero cuando Sansón terminó, pidió la palabra don Gustavo Guzmán Selva, y con la ironía de su raza, temblándole la cabeza que era su gesto característico exclamó: —Deseo decirle a Joaquinito que Víctor Hugo dijo eso refiriéndose a ser desterrado de

París, pero tengo seguridad que no lo diría si el destierro fuera de Managua.

Diputados y barra soltaron una larga carcajada, pero a Fernando y a mí nos indignó. Me dijo —vámonos, ese viejo se paseó en todo. Usó una palabra más sucia en lugar de paseó y nos retiramos indignados.

Floreció la Constitución llamada la Libérrima, planta exótica sólo cumplida en sus tonos radicales de hostilidad a la Iglesia.

Principiaron las persecuciones a los conservadores en cuanto el gobierno liberal se sintió firme. Los acusaban de haber ocultado un armamento en las islas de Solentiname del Gran Lago. Desgraciadamente era cierto. Los conservadores que habían rendido sin pelear un ejército completo en Granada, sin embargo, se reservaban esas armas al impulso del vicio de conspiración que ha dominado a los dos partidos en Nicaragua y que ha sido la causa de la languidez de nuestra democracia.

Nicaragua era el centro de reunión de emigrados liberales de diferentes países hispanoamericanos que apoyaban al gobierno, y le aconsejaban, al estilo de las dictaduras de esos países, que los conservadores nunca se abatían sino era castigándolos seriamente como lo había hecho Rufino Barrios en Guatemala. Se dijo entonces que un eminente liberal ecuatoriano Eloy Alfaro, que después fue Presidente de la República, le aconsejó al General Zelaya como el único sistema de abatir a los conservadores, que él llamaba aristocracia, el de arrojarnos en sus fortunas particulares. El General Zelaya siguió el consejo y lo aplicó sin compasión. En mis recuerdos personales está que a mi casa llegó un oficial de mala fama llamado Tomás de los Milagros, acompañado de una pequeña guarnición. Y notificó a mi madre que no se podía levantar

del asiento en que estaba sentada, ni comer mientras no entregara la suma de cincuenta mil pesos. Toda la casa se puso en movimiento para librar a mi madre de ese martirio, y por la tarde habían entregado la suma ruinosa. A don Vicente Quadra, ex-Presidente de la República, generalmente muy respetado también le impusieron una contribución de cincuenta mil pesos, lo llevaron preso al cuartel principal, con gran escándalo de la ciudad. Y le aplicaron el mismo sistema que a mi madre. Lo trataron groseramente. Don Vicente no tenía en caja semejante cantidad pero un fino amigo de él, don Constantino Marengo que había sido durante toda su honrada administración Prefecto de Granada, entregó los cincuenta mil pesos en nombre de don Vicente que salió de la cárcel con esa deuda de honor y de gratitud para con su amigo. Por esa circunstancia que entristeció el ánimo del anciano, que tenía ya ochenta años agravada según opinión de la familia inmediata con la muerte de don Santiago Morales, primo hermano de don Vicente, de diario trato íntimo; y principalmente por haber perdido la razón su hija menor María Luisa, flor de belleza y de ternura, se afectó tanto, que se rindió a la muerte aquel recio varón, entrando con planta segura a la historia.

Aquí vienen una de las contradicciones en el trato mutuo de los partidos históricos en Nicaragua. El gobierno del General José Santos Zelaya y la Asamblea Constituyente que estaba reunida en Managua, decretaron grandes honores para el ex-Presidente conservador don Vicente Quadra. Su entierro fue solemnísimos. Fue velado su cadáver en una elegante capilla ardiente con gran solemnidad y silencio custodiada por oficiales. Vino en cuerpo la Asamblea Constituyente y el doctor Francisco Baca, presidió la ceremonia en representación del Presidente José Santos Zelaya. Cuatro palafreneros jóvenes vestidos de frac, sujetaban del freno a los cuatro caballos que tiraban del coche fúnebre. En el atrio de La Merced pronunció su discurso el Presidente de la Constitu-

yente don Francisco Montenegro que por cierto era pariente del difunto. En el atrio de Jalteva habló un orador en nombre del Ejecutivo. Cantos y más cantos a la honrada administración de don Vicente, reconocimiento público de sus grandes virtudes. Ya en el cementerio habló el último orador en nombre del Partido Conservador. Sin exageración se puede decir que toda la ciudad se hizo presente en la procesión con gran respeto por el muerto. Todo se llevó a cabo con mucho orden y circunspección. Como he dicho, el discurso último fue pronunciado por don Ascensión Paz Rivas, con voz emocionada casi con lágrimas en los ojos hizo sublime el tono de su discurso. De ese discurso, se me ha quedado en la memoria para siempre su último párrafo de despedida, era la historia hablando por la boca de aquel conservador en estas palabras:

"De ti puede decirse lo que de bien pocos; que habiendo sido poderoso, que habiendo sido rico, no hiciste en tu larga vida derramar más lágrimas que las amariguísimas que ahora riegan tu venerado sepulcro . . ."

LOS EXAMENES DEL INSTITUTO

Los exámenes de fin de curso en el Instituto Nacional de Oriente eran severos, se verificaban en actos solemnes, y aún se pudiera decir, aparatosos. En el año de 1894 vino a Granada para aumentar esa solemnidad, el Ministro de Instrucción Pública doctor Francisco Baca, para presenciarlos y juzgar al establecimiento. Existían como cumbre de las buenas notas lo que se llamaba el sobresaliente por oposición. El profesor por las notas del año señalaba a los alumnos que estaban listos para competir, y obtener ese sobresaliente, que era una victoria muy agradable.

Era profesor de la clase de retórica y poética don Antonio Salaverri que pertenecía al número de los maestros traídos de España, y su especialidad, las ciencias naturales. En virtud de rigurosa selección íbamos a luchar la oposición, el alumno Dámaso Lugo, de mi edad, y yo. Presidía, como dije, el tribunal el Ministro Baca. El examen duró media hora para cada uno de los sustentantes. Fue riguroso y elevado. Aún se podría decir con hostilidad de los réplicas.

Terminada la lucha, o como se decía, la oposición, el doctor Francisco Baca se pronunció diciendo en voz alta que yo había ganado el sobresaliente. Pero así en mi presencia, y en voz alta el profesor Salaverri discutió el caso alegando que yo había hecho examen lucido porque poseía cierta natural elocuencia para ello; pero que era más sostenidamente buen alumno Dámaso Lugo, y que por lo tanto creía él que era el merecedor del sobresaliente.

Según mis sentimientos en esa hora, el **Chapetón**, como llamábamos a Salaverri, me había hurtado el sobresaliente. Debo aclarar que don Antonio Salaverri me tuvo siempre especial afecto, al extremo que mi primer lectura de El Quijote, la hice con él, explicándome los pasajes y haciéndome com-

prender los textos dificultosos de la obra magna del español. No mediaba por lo tanto favoritismo, sino una justicia estricta de la cual había sido víctima. Ya me había jugado otra parecida en años anteriores don Antonio. Era él un buen músico, y en el Instituto abrieron clase de música bajo su dirección. Yo quise inscribirme en la clase pero don Antonio me rechazó. Entonces me fuí a quejar donde el director señor Izaguirre el cual me dio un papel ordenándole a don Antonio que me inscribiera. Se irritó el **Chapetón** y puso al reverso de la orden: —No puedo admitir a Carlos en la clase de música, porque cuando él cree que canta, rebuzna. Lloré muchas lágrimas por semejante grosería. Pero lo peor fue que cuando le llevé el papel al Director él también se puso a reír en grande. Después que llegué a mi casa y le conté a mi madre el percance me dijo ella: —Consuélate hijo, es que sacaste mi oído, que no me ha permitido cantar nunca ni la canción de cuna. Pero pasada la impresión dolorosa de mi fracaso en el examen principió a halagarme la noticia que me daba, por autoridad tan segura, de que yo tenía esa llamita que se llama elocuencia. Tanto más que don Antonio explicando en mi casa su sentencia como consuelo me dijo: Piensa que no sólo con música se entona el hombre.

Creo que así nació mi irretistible vocación por la oratoria, única que ha dominado mis ambiciones en las actividades de mi agitada vida. El doctor Gregorio Marañón ha dicho que el ochenta por ciento de los profesionales llegan a la profesión sin verdadera vocación. En verdad, yo nunca tuve la vocación de abogado, el doctor en Leyes, que al final fue mi profesión. Cuando más tarde fuí a su estudio, lo hice por disposición de mi hermano Pedro Rafael, que me fue a inscribir en la Escuela de Derecho de que era Decano el doctor José Miguel Osorno de gratísima memoria para mí.

Cuando yo acababa de hacerme bachiller en Masaya el año de 1897, la Universidad de Granada estaba clausurada,

por disposición del General Zeleda, tomada porque en el asalto frustrado del cuartel de Granada, habían tomado parte los estudiantes, y uno de ellos José Antonio Montes de Oca por su inaudito arrojó murió a los pies del centinela del cuartel. Pero el joven Magistrado doctor Salvador Meza originario de Matagalpa logró la resurrección de la Facultad de Derecho.

Yo creía que como mis otros hermanos me despacharían a Francia a perfeccionarme, pero se atravesó la ruina de la fortuna de mi casa, y entonces dispusieron que estudiara Derecho.

Por muchas circunstancias de la vida era mi amigo inseparable Joaquín Gómez que había regresado de Francia, bachiller clásico en uno de sus buenos colegios. Todas las tardes paseábamos a caballo y nos gustaba con especialidad cabalgar sobre la costa del lago. Cada vez nuestra amistad era más íntima con todo y que discrepábamos en muchos puntos. Por ejemplo, una tarde que regresábamos del Paso de Panaloya ya oscureciendo, salía la luna y me dijo Joaquín: —Oye Carlos que imagen tan bella y tan cierta la de Alfredo de Musset: "La luna como un abanico se despliega en el horizonte". Yo le contesté inmediatamente: Es más bella y más cabal la de Núñez de Arce: "La luna cual hostia santa lentamente se levanta sobre las nieblas del mar". Pues discutiendo el punto al paso corto de nuestros caballos llegamos a Granada sin cedernos, él con su abanico y yo con la hostia santa. Cuando le conté que yo me había inscrito para estudiar Derecho, no sé sin con vocación o sin ella Joaquín se fue a inscribir también. Eso sí, fue un alumno distinguidísimo y después un Jurisconsulto de nota.